

tarás más dispuesto á ayunar—y diciendo y haciendo, toma un tajador de madera y añade: Si quieres ver Misa, yo te la diré—levanta el tajador y ¡oh castigo de Dios! en el mismo momento los brazos levantados se le quedaron secos, y pocos instantes después expiró en el lugar del trágico suceso (1).

Tengamos respeto santo y temor saludable al Sacrificio eucarístico, y asistamos á Él con la frecuencia posible. Siendo en tanto número las riquezas que contiene, nuestra felicidad está en aprovecharnos de ellas. Podemos llenar nuestras arcas, esas arcas invisibles, pero reales, que se muestran en el celeste Paraíso, no de un oro mezquino, que al fin hemos de abandonar con la muerte, sino de tesoros invaluables, extraídos con poco trabajo de la inagotable Mina eucarística, tesoros que no podrán ser roídos de la polilla, ni robados por ladrón ninguno, sino depositados en el cielo, con los cuales nos hará dichosos un día el Dios de las eternidades.

EJEMPLO

S. Pedro Damiano había perdido de tierna edad á sus padres, siendo confiado al cuidado de uno de sus hermanos, que le trató de un modo muy cruel.

El santo niño devoraba las amarguras sin quejarse.

Cierta día encontró en la calle una hermosa moneda de plata y el gozo que experimentó su alma fué grande, extraordinario. ¿Qué hará de ella? La empleará en la satisfacción de alguna de tantas necesidades corporales por las que pasaba? Comienza á indagar por su dueño, y no encontrándolo, reflexiona bien y la entrega á un piadoso sacerdote para que aplique una Misa por las almas del Purgatorio.

Desde aquella hora cambió su fortuna. Fué recogido por otro de sus hermanos, que era clemente y bondadoso, quien le vistió con decencia, le dió buena alimentación y le proporcionó educación esmerada. Damiano llegó á ser sacerdote, cardenal y gran defensor de la santa Iglesia. He ahí el valor de una sola Misa, mandada aplicar á cambio de una pequeña privación temporal. *Catec. en exemplos.*

(1) Bredembachio, lib. 7 collat. sac., cap. 63.

XXIV

Reverencia con que hemos de tratar el Santo Sacrificio de la Misa.

Maledictus, qui facit opus Dei fraudulenter.
Maldito sea el hombre que ejecuta la Obra de Dios con negligencia.
JEREM. XLVIII, 10.

1. Los Misterios del Altar han sido denominados por los primitivos cristianos: *Misterios santos*, *Misterios terribles*, porque el Dios terrible, el Dios santo, humanado, es el que en dicho Altar se inmola. Otras veces, estos mismos arcanos eucarísticos han sido apellidados por los Concilios: *Obra de Dios*, *Obra por antonomasia*, porque, sacrificándose en la Misa Jesucristo S. N., ninguna Obra hay tan propia del Hombre-Dios como ésta, ya que tantos y tan singulares beneficios reporta en favor de los mortales. El adorable Sacrificio del Altar es por consiguiente la Obra de Dios por excelencia.

2. Empero, ¿se referirá el profeta del llanto á la santa Misa, cuando, increpando al ser humano en nombre del Eterno, dice: «Maldito sea el que ejecuta la Obra de Dios con negligencia?» Todo cuanto se refiere á Dios más ó menos directamente: la justicia, la vida social, los negocios, principalmente el arduo negocio de la salvación del hombre, puede llamarse Obra de Dios, y á todas estas verdades

prácticas puede referirse Jeremías, es cierto; pero es verdad, asimismo, que con especialidad intenta indicar la Obra de las obras, el Santo Sacrificio de los altares. Entonces, maldito de Dios será aquel ministro sagrado que no celebra la S. Misa según el espíritu de la Iglesia, y una maldición eterna recaerá sobre su cabeza coronada, si fuere negligente en practicar con exactitud las rúbricas litúrgicas; maldito de Dios será quien no ministrase al celebrante en la forma que lo haría un ángel, y una maldición eterna sobre él descenderá si practica el propio acto con disipación y descuido escandalosos; maldito de Dios, finalmente, será quien opere la S. Misa ajeno al espíritu de Jesucristo, y una maldición eterna se pronunciará contra él si asistiere á la misma totalmente distraído ó malamente dispuesto. Sí; maldito de Dios será quien ejecute la Obra del Señor con negligencia; porque si el acto extraordinario de la Crucifixión del Salvador fué un acto grave, sublime, digno de la atención del angélico espíritu, asimismo el acto de la Santa Misa, en la que se reproduce realmente la importante escena del Calvario, es un acto que requiere las mencionadas condiciones en los asistentes á su celebración.

Con objeto, pues, de que el Altísimo no lance sobre nosotros el terrible anatema de su maldición, efecto de no haber ministrado como correspondía el adorable Sacrificio eucarístico, estudiemos: *Cómo deben tratar el Santo Sacrificio: 1.º los que celebran; 2.º los que ministran al celebrante; y 3.º los que asisten á Él como oyentes.*

§. I.

3. No intento, venerables sacerdotes, compañeros y señores míos, no intento dar lecciones á aquéllos que me aventajan en sabiduría; no anhelo dar consejos á los que me sobrepujan en virtud; no es mi propósito señalar el camino á los que antes que yo lo han brillantemente recorrido. Si voy á ocuparme brevemente de la materia propuesta, no es por enseñaros, ni mucho menos por corregiros, pues no soy prelado vuestro, sino por enaltecer, cuanto mis débiles fuerzas

permitan, este Misterio de los altares, gloria primera de la Religión Católica, y dejar completo un asunto tan vasto y bellissimo como el presente.

4. Sublime y divina es la Santa Misa, razón por la cual exige que todo cuanto con ella se relaciona más ó menos directamente, se asemeje á estas sobresalientes dotes. Ved por qué la Esposa del Cordero, de conformidad con la naturaleza misma de las cosas, ordena que sus ministros, y sus fieles, y sus templos, y sus altares, y sus utensilios sagrados sean ajenos á toda imperfección. ¿Qué disposición de alma y cuerpo no exigirá, entonces, del sacerdote que, en lo que respecta al Sacrificio eucarístico, es concelebrante con Jesucristo? No es cuestión de que un presbítero haga en el altar el oficio del Salvador; no es cuestión de que le represente únicamente, no; es preciso que en realidad, cuando esté en el altar para sacrificar, sea otro Jesucristo, y para ser otro Jesucristo es indispensable que se prepare con antelación, como se dispuso el Hombre-Dios para llevar á cabo el tremendo Sacrificio del Gólgota. Y qué obediencia al Padre, y qué humildad y, sobre todo, qué pureza tan inmaculada no brilló en Jesucristo? Notad, por lo tanto, que:

5. El sacerdote, ante todas cosas, debe tener bien dispuesta el alma, manteniéndola exenta de pecados graves. Exige el Eterno que sus ministros sean habitualmente santos, precisamente porque necesitan ofrecer con frecuencia sobre los altares la Hostia purísima del Sacrificio; y si el Apóstol asegura que el que recibe sacramentalmente á Jesucristo, estando contaminado con la culpa mortal, come y bebe su propia condenación, ¿no se acarrearía doblemente este anatema terrible un sacerdote que celebrase en grave pecado? Pero, pregunto; ¿se atrevería quizá un sacerdote, mal dispuesto, vestirse los ornamentos sagrados, llegarse al altar, hacer bajar del cielo á Jesucristo, tocarle con sus indignas manos, y llevarle al interior de su espíritu? Dios no permita esta horrible desgracia en un sagrado ministro, que ha sido ordenado para vaso de elección; mas si fatalmente sucediere, si el corazón empedernido tuviera la osa-

día de hospedar al Hijo de Dios; si los impuros labios sacerdotales se atrevieran á imprimir en los del Salvador el ósculo de la Esposa de los Cánticos, ¡ah! entonces, tema el delincuente la sentencia del Altísimo, según la cual, el Hombre-Dios llenará su furor y castigará todas sus faltas cuando llegue su hora (1). Por esta razón es precisa la confesión frecuente, acompañada de una voluntad firmísima de apartar de sí, no ya las faltas veniales, sino hasta los afectos terrenos; porque la santidad de un ministro de Dios exige que sus aficiones se fijen exclusivamente en Dios, en el cielo, en las almas y en los asuntos relativos al sagrado Ministerio.

6. Si el Coadjutor de Jesucristo pretende ornar su alma con las virtudes de los justos, si desea celebrar á imitación del Salvador, no puede descuidar la oración mental: yunque de oro donde se labra el corazón á fuerza de los golpes de la gracia, que como grandes avenidas entran en la oficina de la oración. Sí; nos consta que el mundo está desolado porque no hay quien recapacite despacio sobre los dogmas de nuestra Religión augusta, sobre las faltas y pasiones propias, sobre el porvenir del hombre cristiano. Desengañémonos: sin mental oración no se sabe qué es lo que conviene; de ahí el que no se soliciten con instancia los bienes que necesitamos; de ahí que el discípulo del Salvador se encuentre con tanta frecuencia árido, seco, y á veces metalizado. Sin mental oración es imposible celebrar como conviene, porque también es imposible desempeñar grave y honestamente el sacerdotal ministerio; faltan la atención y la devoción precisas. Sin mental oración ni podemos ser agradables á Dios, ni útiles á los prójimos, ni aún á nosotros mismos; porque Dios no es debidamente apreciado, ni el prójimo suficientemente instruído y edificado, ni nuestro corazón perfectamente satisfecho. Puede afirmarse que quien medite diariamente con devoción es santo.

7. Mas para celebrar con fruto la S. Misa es indispen-

(1) Ezeq., cap. IV.

sable, asimismo, disponer el cuerpo. Si el aspecto exterior del hombre revela la interior disposición, un sacerdote, que debe ser santo y manifestar á los demás que realmente lo es, ha de aparecer en su cuerpo, en su presencia exterior de tal manera, que en ella se refleje la pureza de su alma. En la primitiva Iglesia, los presbíteros, antes de llegarse al altar de la celebración se lavaban las manos, la cara, los pies y de vez en cuando todo el cuerpo; al efecto había baños llamados presbiteriales con sus respectivos devotos bañeros, quienes asistían á los sagrados ministros durante el baño. Todas estas preparaciones indicaban la inmaculada pureza con la que debían adornar su alma para celebrar la más bella de las Obras divinas. Pero hoy la Iglesia exige únicamente de sus sacerdotes que lleven un hábito limpio y decente, aunque sea pobre, zapatos honestos, cara y manos lavadas, cabello honestamente arreglado, corona visible y ornamentos aseados.

8. Con preferencia el sacerdote practicará escrupulosamente las ceremonias de la Misa. Persuadidos hasta la convicción de que Dios no se honra solamente con la pureza del alma ó con el culto interno, sino que precisa manifestar públicamente nuestros sentimientos y creencias acerca del Dios verdadero; persuadidos que este mismo Señor exige gravemente que le honremos y le confesemos ante los hombres, pues así lo preceptuó á sus pueblos israelítico, primero, y al cristiano, después; convencidos también que las ceremonias de la Misa deben ser unas, las que por derivación de Cristo y los apóstoles ha ordenado la Católica Iglesia, y no varias, según el gusto de las Iglesias particulares, exceptuando los ritos aprobados, preciso es que, si con esas ceremonias hemos de honrar exteriormente al Eterno y dar á conocer quien es el Señor y sus infinitos atributos, las estudiemos y practiquemos según el deseo de la Esposa del Cordero. El sacerdote que realmente se precia ministro del Rey de los reyes; el sacerdote que asidua y atentamente considera que, por más que lo procure, nunca podrá corresponder dignamente á su Dios en el ele-

vado cargo de ministro suyo, se portará en todas ocasiones, delante de los demás, como conviene á la grandeza del Infinito; las ceremonias que emplee para darle á conocer, para comunicar con Él é interesarle á favor de las criaturas, serán tales que pueda reflejarse en ellas la perfección. El sacerdote es ministro, no de un monarca cualquiera, lo es del Señor de los señores, del Rey de reyes; y si cuando de éstos se trata procurase guardar escrupulosamente, con gravedad y esmero las rúbricas del ritual cortesano, cuando del Eterno nos ocupamos; ¿qué esmero, qué gravedad y circunspección no guardaremos en la rúbricas del ritual eclesiástico? Es un error gravísimo creer que el pueblo se molesta cuando los actos religiosos son largos, efecto de haberse practicado las rúbricas con las condiciones mencionadas. El pueblo católico jamás puede fastidiarse, ni mucho menos poner su lengua sobre los ministros del santuario, porque hayan éstos procedido en la celebración de los oficios del modo indicado; sí hablará cuando no se dé á Dios el culto grave y hermoso que merece.

9. Repetidas veces ha ordenado el Señor (1) á su pueblo que guarde las ceremonias prescriptas; de lo contrario lloverán sobre él todas las maldiciones que un Dios justamente irritado sabe y puede enviar á los transgresores; y estas ordenaciones y estos castigos no fueron sino sombra de lo que ha ordenado y fulminado en la Ley de Gracia á sus ministros. El espíritu humano se eleva insensiblemente hacia Dios cada vez que contempla esos actos litúrgicos practicados con celo, moderación, exactitud, gravedad, limpieza y decoro; entonces el cristiano se hace superior á sí mismo, y siente transportarse á otras regiones más puras, donde experimenta goces inefables, verdaderos ensayos del gozo supremo que aguarda al justo en la gloria. La S. Misa, ese divino acto con el cual confesamos el supremo dominio que Dios tiene sobre nosotros, debe ejecutarse con un respeto profundo y una gravedad sencilla. La Misa que

(1) Deut., cap. VII.

celebró el Salvador en el Calvario duró tres horas; S. Felipe Neri empleaba otras tres, arrebatándose dulcemente en el amor del Hombre-Dios. Es preciso pronunciar con pausa las oraciones, porque hablamos con Dios, y nadie conversa con un alto personaje, corriendo; es necesario pensar y sentir lo que se dice y lo que se hace á fin de guardar la atención correspondiente; y advirtamos que el Altísimo merece más que todo eso: que no le suceda á ningún sacerdote lo que á aquel ministro eclesiástico que manejaba la Sagrada Hostia con tanta precipitación y falta de reverencia, que el devoto diácono que le asistía, sin poder sufrir más, le dijo:—Tratadlo bien, que es Hijo de buenos padres.

10. Hay en nuestra augusta Religión modelos sublimes de quienes es preciso copiar sus bellezas, y en el asunto de que me ocupo, admiro á un S. Luis, obispo de Tolosa, á un S. Francisco de Borja, y á un V. P. Rodríguez, que, por el respeto y veneración grandes que profesaban al adorable Sacrificio del Altar, confesábanse diariamente de sus culpas para poder celebrar con la pureza de los ángeles; contemplo á un S. Vicente Ferrer que, con extremada limpieza del cuerpo y con los mejores ornamentos, procedía á sacrificar la Hostia inmaculada; veo á un S. Juan Cancio, que celebraba para aplacar la ira del Excelso; considero á los beatos Felipe de Plasencia y Francisco Fabriano, que aplicaban casi siempre la Santa Misa por las almas del purgatorio, celebrándola al propio tiempo con fe y devoción tantas que merecieron, particularmente el segundo, se les apareciesen los ángeles y las almas benditas, quienes, presentes al Sacrificio, respondían al *requiescant* último.

11. En general, los siervos de Dios jamás dejaron de celebrar en pudiendo; y un S. Anselmo de Cantorbery, que por sus continuos achaques no podía celebrar el Sacrificio, mandaba le llevasen todos los días al templo para asistir á él. El V. Beda, en sus últimos días, comulgaba diariamente de manos de un sacerdote, por hallarse tan postrado que le imposibilitaba decir la S. Misa. Y ¡cuántas infinitas dulzuras y

cuántos ilimitados consuelos no han experimentado todos aquellos sacerdotes que celebraron á imitación del Salvador! Díganlo S. Pedro Regalado, S. Pedro Armengol y el beato Antonio Turriano que, en el acto del Sacrificio, lloraban tan copiosamente de gozo y de compasión á Jesucristo crucificado, que algunas veces era indispensable cambiar los corporales. Dígalo S. Lorenzo Justiniano que, celebrando en las noches de Navidad, quedaba tan dulcemente arrobado en Dios que, cansado el que le ayudaba, tocaba la campanilla, por más que, viendo que eran inútiles sus esfuerzos, tiraba de la casulla con fuerza, y entonces, el santo, como si despertara de profundo sueño, volviéndose al ministro, le decía:—Ya voy adelante en la Misa, hermano; pero ¿qué haremos de este Niño tan hermoso? cómo le dejaremos solo tiritando de frío?—Dígalo, finalmente, S. Lorenzo de Brindis, quien obtenía suavidades tantas en la Misa, que empleaba en la misma muchas horas, particularmente los últimos años de su vida en que se detenía seis, ocho y doce horas. Efecto de estos prolongados éxtasis alcanzó facultad de Clemente VIII para celebrar, terminados Maitines; y en la celebración quedaba tan arrobado que en ocasiones daba fuertes palmadas en el altar, y en otras exclamaba suspirando: Oh Dios mío, dulzura de mi alma! Oh amor mío! qué puro, qué santo y qué digno eres de ser amado! Sus lágrimas eran al propio tiempo tan copiosas que llegaba á mojar seis ó siete pañuelos, para lo cual tenía prevenidos.

§. II.

Acabamos de observar cuáles sean las condiciones necesarias al sacerdote para celebrar con fruto, y de qué manera los bienaventurados han dado ejemplo para que el celebrante se goce en su elevado ministerio; ahora correspondenos hablar de los ministros asistentes al celebrante, quienes, según quedó declarado en el anterior discurso, ejecutan el oficio de ángel, y no sirven á un hombre, sino á Jesucristo en persona de su Ministro. Un oficio tan sublime requiere

por lo tanto en el que lo ejerce tres condiciones semejantes á las del celebrante.

12. Necesita pureza de alma. En los principios de la Iglesia el lego no podía llegarse al altar para ministrar al sacerdote; eran los clérigos los encargados exclusivamente de este Ministerio altísimo, precisamente porque se les suponía, mejor que á los seglares, vestidos de la gracia de Jesucristo. Ahora que la Iglesia, merced á la penuria de los clérigos, permite á los seglares desempeñar tan santos oficios, es indispensable que éstos se revistan también de los requisitos que adornar deben á los diáconos y subdiáconos. Es evidente que los legos, que ministran en la S. Misa, desempeñan, si no idénticos, al menos semejantes oficios que los subdiáconos, y como éstos deben ministrar al celebrante con puridad de conciencia; conviene, pues, que, para honor del Dios á quien sirven y para adquirir nuevos méritos de eterna vida, estén exentos del mortal pecado los que ayudan al celebrante. Preciso es, además, guardar atención suma á cuanto hace y dice el sacerdote, preciso acompañarle en espíritu, preciso estar en la Misa con humildad y recogimiento profundos. ¡Qué desgracia no sería que el ministro no ocupara el santo tiempo de su oficio en meditar los pasos cruentos de Jesucristo!

13. El lego que asiste al sacerdote debe estar asimismo decentemente ornado en el cuerpo. Nadie debiera ministrar con los vestidos comunes; si para asistir como conviene al Sacrificio hemos de renovar nuestro espíritu, también es útil que para la misma obra divina renovemos los vestidos. Ved por qué la Esposa de Jesucristo ha ordenado que el seglar ayude la Misa con sotana y sobrepelliz, si buenamente pueden adquirirse estas prendas de vestir. Ni los clérigos, ni los religiosos, que por constitución canónica visten hábito talar, deben ministrar al sacerdote en la Misa con el hábito ordinario, antes bien, vestirán sobre él una sobrepelliz decente. ¡Qué vergüenza, se pongan á ejercer el oficio de ángel, muchachos andrajosos y sucios, que inspiran más bien compasión que simpatía, que provocan más bien á náusea que á recogimiento!